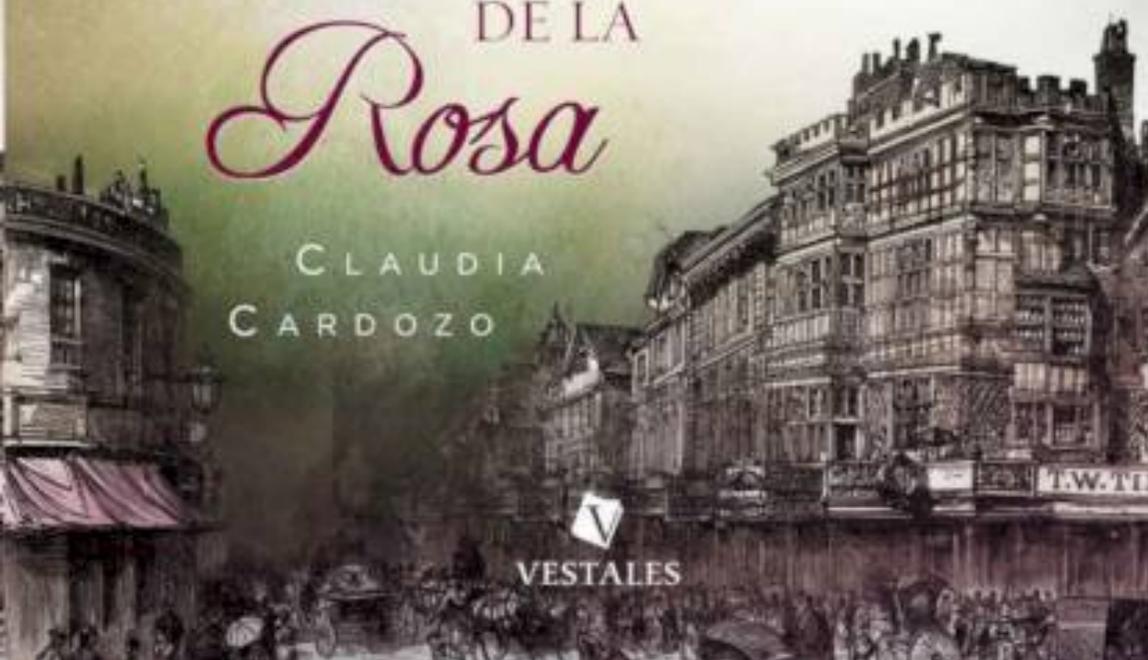
A close-up portrait of a woman with dark, wavy hair styled in a braid. The braid is adorned with several light-colored roses. She has blue eyes and a soft, enigmatic expression. The background is a soft, hazy green and yellow gradient.

El misterio
DE LA
Rosa

CLAUDIA
CARDOZO

A small white square logo with a black letter 'V' inside.

VESTALES

A detailed black and white illustration of a busy historical street scene, likely from the late 19th or early 20th century. It shows multi-story buildings with many windows, horse-drawn carriages, and a crowd of people. A sign for 'T.W.T.' is visible on one of the buildings.

Cardozo, Claudia

El misterio de la rosa / Claudia Cardozo. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3863-98-1

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2017

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-98-1

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi padre, por haber inculcado en mí
el amor por las letras.
A mi madre, por tanto amor. Te extraño.
Ambos viven en mi corazón.*

A Carlos.

PRÓLOGO

Gloucestershire, junio de 1892.

Querido Alexander:

¿Son acaso Londres y la temporada social tan emocionantes que nos has olvidado ya? Me veo en la necesidad de recordarte que nosotros no poseemos sentimientos tan veleidosos y te echamos mucho de menos. Las cosas por aquí no han cambiado, lo que nos complace a todos; confiamos en que opinarás lo mismo una vez que regreses. Porque lo harás pronto, ¿cierto? Sabes que soy demasiado orgullosa para rogar, así que apreciaría que no me obligues a renunciar de esa forma a mi dignidad.

Mis rosas florecerán pronto y me gustaría que estuvieras aquí para verlas; prometo que te dejaré tomar notas y no criticaré ni una sola de tus observaciones. Esto es lo más cercano a una súplica que obtendrás de mí, espero que te encuentres satisfecho.

Emily acaba de llegar y me pide que te transmita su cariño y sus mejores deseos, y también los de lord Falmouth.

Por favor, mi querido amigo, vuelve a casa. Quiero dar un paseo por el lago y no me fío de nadie más para manio-brar el bote.

Siempre tuya,

Mary

P.S. ¿Has bailado mucho? Si la respuesta es sí, ten compasión de mí y no me lo digas, mi pobre corazón no podría soportarlo.

Londres, junio de 1892.

Querida Mary:

Puedo asegurarte que, sin importar cuán emocionante sea Londres, jamás podrá compararse en absoluto con la belleza de Gloucestershire y de Falmouth Manor en especial, aunque estoy convencido de que eso ya lo sabes, ¿acaso no pasaste una temporada aquí hace dos años? También los echo de menos y me complace anunciar que estaré de vuelta en casa antes de lo que puedes imaginar, pero no te daré una fecha porque deseo que sea una sorpresa.

Lamento tener que mencionarlo, a pesar de que, según recuerdo, nunca has dudado en suplicar cuando deseas obtener algo, aunque puedo decir en tu favor que lo haces con tanto encanto y buenas maneras que tus ruegos en verdad parecen órdenes que deben ser obedecidas en favor de tal muestra de cortesía. Me siento honrado de que transigieras en permitir que vuelva a ocupar mi puesto como tu secretario personal; nunca me sentí tan humillado como

cuando me despediste con tan poca indulgencia. ¡Juro que estaba totalmente convencido de que la *rosa gallica* y la rosa damascena eran idénticas!

Por favor, di a Emily que espero verla pronto, lo mismo que a John. Y a Benedict, Beatrice y Catherine, desde luego.

De no ser porque no hay por aquí un solo lago en el que me seduzca la idea de navegar, tomaría tus palabras con desconfianza. ¿Será posible que solo añores mi regreso porque necesitas un remero? Me niego a creerlo.

Siempre tuyo,

Alexander

P.S. Jamás me atrevería a expresar una sola palabra que pusiera en riesgo a tu corazón.

CAPÍTULO I

Falmouth Manor, Gloucestershire.

Mary Browning dobló con mucho cuidado la carta que acababa de leer y la guardó junto con otras en uno de los cajones de su pequeño escritorio con una sonrisa bailoteando en sus labios.

Alexander volvería pronto, y ese era un excelente motivo para sentirse feliz.

Se puso de pie con presteza, alisó unas arrugas casi imperceptibles del frente de su vestido y salió de la habitación con paso apurado para ir en busca de su hermana que, tal y como supuso, se encontraba en el ala sur, donde se ubicaban las habitaciones de los niños. Antes de entrar, se detuvo en silencio bajo el dintel de la puerta entreabierta y sonrió con ternura al observar a Emily y los hijos.

Su hermana era dueña de una serena belleza que invitaba a la contemplación; por otra parte, su temperamento determinado y, al mismo tiempo, cálido y sereno, le confería un aura muy especial que Mary siempre había relacionado con un desarrollado instinto materno, el mismo que volcó precisamente en ella durante buena parte de su infancia. Luego, cuando se casó con el conde de Falmouth y trajo al mundo a sus tres adorados hijos, ese instinto tan solo se

multiplicó. Emily era tan bondadosa que incluso la calidez de su tacto infundía una extraordinaria sensación de paz. Mary la había sentido durante toda su niñez y ahora veía sus efectos en cada uno de sus sobrinos.

En ese momento, Emily sostenía a la pequeña Catherine contra su pecho en tanto la niña elevaba una elegante muñeca por los aires bajo la atenta mirada de Beatrice, que, con ocho años, tres más de los que contaba su hermana, mostraba una indulgencia que Mary encontró muy divertida. Mientras las niñas y su madre se entretenían con juegos, Benedict, el mayor y futuro conde, estudiaba con seriedad un libro que descansaba sobre sus rodillas.

Fue él quien notó la llegada de la muchacha en primer lugar y le dirigió una gran sonrisa que Mary se apresuró a corresponder. Benedict tenía solo once años, pero mostraba una madurez extraordinaria, que, según lord Falmouth, debía haber heredado de su madre. Sin embargo, su carácter reservado y afecto al estudio, no le impedía comportarse con frecuencia como un muchacho de su edad; por el contrario, gustaba de jugar bromas ingeniosas y era también asombrosamente observador.

Emily notó el movimiento de su hijo y miró en dirección a su hermana, que se apresuró a entrar y sentarse sobre las rodillas, sin preocuparse por el vestido, para acariciar el oscuro cabello de Catherine, que alzó los brazos hacia ella tan pronto como reparó en su llegada. La niña adoraba a su tía, y se divertía pasando el tiempo con ella. Su pronunciación era bastante correcta pese a su corta edad, pero era de pocas palabras, en especial cuando se trataba de demostrar afecto; en esos casos, no dudaba en lanzarse a los brazos de quienes más quería.

Tras dedicarle atención a la niña por unos minutos, Mary se dirigió a su hermana con una sonrisa que revelaba entusiasmo.

—Acabo de recibir una carta de Alexander, Emily —dijo sonriente—. No ha querido confesar una fecha de regreso, pero, por sus palabras, estimo que será muy pronto. ¿No es maravilloso?

Lady Falmouth elevó una ceja y sonrió un tanto burlona.

—Desde luego que lo es: su ausencia es muy sentida; en particular para quienes extrañan los paseos en botes y las excursiones botánicas —dijo sin dejar de sonreír.

Mary mostró una falsa expresión ofendida.

—No me gusta lo que implicas, aunque debo reconocer que Alexander hizo un comentario similar... —dijo tras encogerse de hombros.

—En ese caso, es justo que consideres la coincidencia para estimar su regreso por la dicha que significará tenerlo entre nosotros.

—¡Pero lo hago! ¡Desde luego que sí! —Mary apoyó la delicada cabeza de Catherine sobre su hombro y respondió con vehemencia—. Sabes que es mi mejor amigo y que lo he echado mucho de menos. Falmouth Manor no es lo mismo sin él. Muchas de mis actividades carecen de diversión si no puedo compartirlas con quien mejor me comprende.

Emily asintió; dejó de lado la chanza y mostró una sonrisa cargada de cariño. Conocía perfectamente los sentimientos de Mary hacia Alexander, se conducía con él como haría con un hermano mayor y él a su vez mostraba una predilección evidente por ella, lo que no era de extrañar.

Alexander era apenas un muchacho tímido de doce años, carente de amistades y falto de confianza cuando conoció a Mary, que, con cuatro años menos, mostraba una determinación notable y un espíritu generoso que se vio de inmediato inclinado a robustecer su amistad. El hecho de que Alexander fuera también entonces el heredero de su hermano, el conde de Falmouth, no evitó que considerara a esa niña decidida, que llegó un día a Falmouth Manor de la mano de su hermana, como alguien a quien admirar y querer sin reservas.

—No pretendía burlarme de ti, querida, lo prometo —dijo a fin de apaciguar a la joven—. Sin embargo, creo que deberías procurar no acaparar a Alexander tan pronto como regrese. Hay mucho de lo que él debe ocuparse. Sabes que lord Falmouth espera que lo ayude con la propiedad y así inculcar en él algunas responsabilidades.

—Claro que lo sé, me lo repites con frecuencia. —Mary exhaló un suspiro resignado—. Y estoy segura de que Alexander se esmerará para complacer a lord Falmouth, pero sabes tan bien como yo que es lo último que en verdad él desea hacer.

—Alexander quiere un barco, ¿cierto? Uno enorme que lo lleve a surcar los océanos.

La interrupción de Benedict las tomó por sorpresa y tanto una como otra giraron a mirar al niño con similares muestras de incredulidad.

—¿Y cómo es que sabes eso? —fue Mary la primera en preguntar, intrigada.

El niño se encogió de hombros y dirigió a su madre y tía una mirada cargada de sabiduría.

—Todo el mundo lo sabe —respondió con simpleza.

—Asumo que con todo el mundo te refieres a los habitantes de Falmouth Manor —replicó milady.

—Por supuesto —reconoció el pequeño.

Emily no se molestó en señalar a Benedict que el mundo no era solo Falmouth Manor, por mucho que amara la propiedad, porque sabía que él iría descubriéndolo con el tiempo, y tenía sentimientos encontrados al respecto. Como una madre amorosa, habría preferido que su hijo no conociera un mundo que, por un lado, albergaba cosas bellas por descubrir, sí, pero también, por el otro, muchas terribles. Sin embargo, esperaba que con un desarrollado sentido común el muchacho pudiera disfrutar de las cosas buenas de la vida sin permitir que le afectaran demasiado las desagradables.

—Tal vez Alexander pueda contentarse con los botes de nuestro lago, ¿no lo creen? —Beatrice se incorporó a la conversación una vez que se aburrió de jugar con su muñeca—. O padre podría ordenar que le construyeran uno un poco más grande...

Mary sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco frente al inocente razonamiento. Dudaba de que Alexander se encontrara muy de acuerdo con él, pero, sin duda, apreciaría la preocupación de sus sobrinos por su bienestar. Aun así, quizá ese no fuera el mejor tema a tratar frente a los niños, y Emily debió de pensar lo mismo porque tomó a una adormilada Catherine de brazos de Mary y la llevó a la pequeña cama en tanto tiraba de un cordoncillo oculto para llamar a una de las niñeras que esperaba órdenes en la otra habitación. La costumbre de Emily de pasar varias horas al día con sus hijos no era muy ortodoxa en la sociedad en que vivían, pero ella no le confería mayor importancia; atesoraba

los momentos compartidos y se sentía satisfecha de poder compartir el tiempo con ellos, así como agradecida de contar con la ayuda necesaria para que nunca se vieran desatendidos.

Tan pronto como la niñera llegó, señaló a Catherine a fin de que estuviera pendiente de ella y besó a Beatrice y Benedict para despedirse de ellos hasta que los visitara para desearles buenas noches antes de que se acostaran. Mary sonrió a sus sobrinos e hizo una señal de despedida antes de seguir a su hermana fuera de la habitación.

En tanto se dirigían a la gran escalinata que conducía al piso inferior, Emily entrelazó los brazos con la muchacha para caminar juntas y con paso lento.

—¿Nos acompañará el señor Harding durante la cena de esta noche? —preguntó luego de unos minutos de silenciosa camaradería.

Mary hizo un gracioso mohín y se encogió de hombros.

—No estoy segura, no he recibido ninguna noticia al respecto y no creo que se presente de improviso —respondió un poco indiferente—. Pero, si he de ser sincera, me complace que así sea.

—¿Sus atenciones empiezan a incomodarte?

Mary negó con la cabeza.

—No, en absoluto, es un caballero extremadamente amable y de conversación muy agradable, aunque... —La joven dudó antes de continuar—. Aunque temo que no pueda manifestar el mismo entusiasmo que él muestra; eso es todo.

Emily asintió en silencio y observó a su hermana con discreción. Mary era una joven muy hermosa e irradiaba un aura de alegría y bondad que atraía a todos quienes la conocían. El cabello castaño, los ojos del color del océano en calma y la elegancia de su porte llamaban la atención sin que ella se esmerara demasiado en resaltar esos aspectos de su persona, lo que resultaba aun más atractivo. Acababa de cumplir veinte años por lo que no era de extrañar que algunos caballeros hubieran mostrado ya interés por cortejarla; sin embargo, ella mantenía siempre una prudente distancia en cuanto notaba que las atenciones iban más allá de la natural galantería.

—Comprendo —dijo Emily con semblante pensativo—. Pero creo que no deberías ser demasiado tajante al respecto; el señor Harding es, tal y como has señalado, un caballero respetable que merece consideración.

—¡Soy considerada! Es precisamente por ello que no deseo darle falsas esperanzas.

—¿Y tu renuencia a darle falsas esperanzas, como dices, se debe a tu falta de interés o a algún otro motivo?

Mary suspiró y retiró la mirada. Si alguien podía adivinar lo que pasaba por su mente con facilidad, esa era Emily. Nada escapaba al escrutinio de esos ojos oscuros y la aguzada percepción.

—Eso no tiene importancia, Emily; sabes que no me agrada tratar ese tema. —Mary forzó una sonrisa—. De todos modos, no comprendo cómo hemos llegado a hablar de las intenciones del señor Harding cuando solo debemos preocuparnos por la llegada de Alexander. He pensado que podríamos organizar algún tipo de festejo, ¿no lo crees? Ha pasado meses alejado de nosotros, y será una forma estupenda de darle la bienvenida a casa.

Emily pareció tentada a insistir en la renuncia mostrada por su hermana respecto a tratar el tema de su futuro, pero comprendió que quizá no fuera ese el mejor momento para hacerlo, por lo que relajó el gesto y sonrió al tiempo que asentía.

—Estoy de acuerdo, una reunión sencilla podría ser agradable; invitaremos a algunos de nuestros vecinos y amigos. Lord Leicester escribió a John hace unos días para indagar acerca del regreso de Alexander. Será una excelente ocasión para que puedan hablar.

Mary abandonó su contemplación de la alfombra y miró a su hermana con el ceño fruncido.

—¿Y qué es lo que desea el conde de Leicester con Alexander? Espero que haya abandonado esa ridícula idea de comprometerlo con su sobrina —dijo.

—Eso no es muy amable, Mary. —Emily elevó una ceja en señal de censura—. Creí que te agradaba su señoría.

—Y así es; creo que es un caballero encantador, aunque su sobrina no ha heredado ese rasgo del carácter del tío —rumió entre dientes—. Me desprecia, siempre ha sido así.

—Eso no es verdad, creo que estás siendo injusta y que te dejas llevar por una antipatía infundada. Lady Amelia es una joven muy amable.

Mary no respondió. Tal vez fue un tanto impetuosa al hablar de forma tan sincera, pero ella y Emily sentían una confianza absoluta la una por la otra y jamás se ocultaban sus opiniones, si bien desde hacía un tiempo Mary había optado por ser algo más reservada con sus pensamientos más privados. Pero, sin duda, lo poco que la muchacha le agradaba a lady Amelia Buxton no era un secreto, así como

el hecho de que milady no era precisamente una de las personas predilectas por la joven Mary. Sin embargo, era justo reconocer que ambas se comportaban con exquisita corrección cuando se encontraban en un lugar, por lo que habría hecho falta una profunda y larga observación para advertir sus diferencias. La idea de que fuera precisamente esa joven la mujer con quien Alexander compartiría la vida le provocaba escalofríos. ¿Qué sería entonces de su amistad? Solo la certeza de que lord Falmouth jamás obligaría a su hermano menor a contraer un compromiso que no deseara le procuraba cierto alivio. Desde luego, la posibilidad de que Alexander pudiera encontrar tentadora la oferta de lord Leicester no pasaba por su mente, y quizá fuera lo mejor.

Sin retomar la plática, Mary y su hermana bajaron al primer piso de la mansión y se dirigieron al salón adyacente al comedor, donde las esperaba lord Falmouth.

Mary estaba convencida de que, sin importar cuánto tiempo transcurriera, jamás dejaría de encontrar fascinante la forma en que su hermana y el conde se comportaban en presencia de otros y el efecto que tenían en quienes los veían. Había algo entre ellos, un espejismo que semejaba a la bruma que se levantaba a su alrededor y, a veces tan solo por un instante, los convertía en dos personas del todo ajenas a quienes los rodeaban, como si solo ellos poblaran el mundo. La ilusión duraba solo un segundo y pronto todo volvía a transcurrir con normalidad, pero era una experiencia que a Mary le provocaba sentimientos variados: sorpresa, reverencia, alegría e, incluso, una pequeña cuota de sana envidia por aquello que admiraba, pero que sabía nunca podría tener.